

EL NIÑO DE ENFRENTÉ DE CASA



TEXTO: MIREIA VIDAL
ILUSTRACIONES: BLANCA TULLEUDA

@blanca

EL NIÑO DE ENFRENTA DE CASA

Camilo vivía en una casa con un pequeño jardín, donde había un árbol torcido que nunca daba frutos. No era una casa muy grande, pero Camilo vivía feliz con su familia. Desde su habitación se veía la calle y a Camilo le gustaba observar a la gente pasar. Como su pueblo era pequeño, conocía casi a todo el mundo y a menudo se asomaba para saludar.

"Buenos días Mingu", "Buenas tardes Paqui", pero un día vio un niño que no había visto nunca antes. ¿Quién será?, se preguntó. ¿Y por qué se pasaba el día sentado en la calle frente a su casa? Camilo miró un rato aquel niño. Era oscuro de piel, iba sucio y no se movía mucho, pero debía tener su misma edad, así que una mañana se animó a salir a hablar con él.

—Hola—Le dijo Camilo amablemente.

Pero el niño lo miró sin responder.

—Me llamo Camilo —Insistió. Pero el niño continuó sin decir nada.

"Si que es antipático", pensó Camilo, y como era tarde, prefirió enfascado en otras cosas.

marchar hacia la escuela



Al día siguiente, Camilo lo volvió a probar. Había terminado la merienda y salió a acercarse al niño que continuaba sentado ante la casa.

—¿Quieres jugar conmigo? —Le preguntó.

Pero cuando le enseñó sus juguetes, el niño los cogió de repente y comenzó a lanzarlos o a amontonarlos las sin sentido.

—Eh, pero si así no se juega. —Protestó Camilo. —Pero no parecía que el niño supiera jugar de otra manera, así que Camilo creyó conveniente recoger los juguetes antes de que los rompiera. "Qué niño tan extraño", pensó. Y molesto porque ni siquiera le había dicho su nombre, decidió que jugaría más tranquilo en casa.

Otro día, Camilo había quedado con sus amigos para jugar a la pelota, pero cuando salió a la calle volvió a encontrar el niño sentado ante el portal.

—Puedes cambiar de lugar, por favor. Necesitamos esta pared para chutar. —Le dijo Camilo.

Pero el niño se volvió a mirarlo sin decir nada y se quedó tan quieto como lo había estado hasta ahora.

—Pero que se ha creído— refunfuñó Camilo. Y no le quedó más remedio que patear la pelota bien lejos para no darle. Pero claro, tan fuerte chutó que el balón acabó cruzando la valla del señor Braulio que estaba de vacaciones en la playa y no se la podrían devolver hasta dentro de dos semanas.

—¡Lo ves, por tu culpa! —Gritó Camilo mirando al niño, enfadado. Pero de nuevo se quedó sin respuesta. El niño no se movió ni hizo ningún gesto. Seguía igual de inmóvil mirando la fachada.

A la hora de la cena, Camilo se sentó en la mesa aunque de mal humor.

—No me gusta este niño— Soltó. Ni me habla, ni sabe jugar y por su culpa he perdido el balón. ¿Por qué ha de estar ahí delante? ¿Por qué no se va a casa?

Pero entonces, su padre y su madre se miraron cómplices y su madre dijo:

—No puede.

—¿Por qué no puede? —Preguntó Camilo.

—Porque su casa está muy lejos. Está en otro país.

Camilo no entendía cómo podía ser que un niño estuviera tan lejos de su casa. La única vez que él se había alejado solo, había sido para ir a la plaza del cementerio, y aún recordaba como lo regañaron cuando volvió al atardecer. ¿Cómo podía ser que la casa de aquel niño estuviera en otro país? Pero los padres se volvieron a mirar y creyeron que responder aquella pregunta era demasiado difícil. Lo mejor que podían hacer era ir a ver a Elena.

Elena era una mujer pequeña y regordeta que siempre hacía reír a todo el mundo. Era amiga de su madre desde siempre, y trabajaba en un centro de acogida. Camilo nunca había acabado de entender qué quería decir aquello de "centro de acogida", aunque Elena le había explicado mil veces que era un lugar donde podían estar los niños y las niñas que venían de lejos y estaban solos.

—Por fin te has decidido a venir a verme—Dijo contenta Elena. —¿Qué quieres?

Su madre la interrumpió y explicó que querían saber si ella conocía un niño que hacía días corría por las calles y estaba en frente de casa.

—Seguro que es Ousmar. —Dijo Elena—Y sorprendentemente su sonrisa de siempre se desvaneció y por primera vez Camilo la vio seria.

¿Por qué no está en su casa? —Preguntó Camilo impaciente.

—No porque no quiera—Respondió Elena. Ousmar llegó al pueblo hace poco. Viene de África. Allí vivía con su familia, pero no había trabajo y su padre tuvo que irse, dejando a la madre sola con cinco hijos.

—África está muy lejos —exclamó sorprendido Camilo.

—Pues sí—aclaró Elena. —Y muy diferente. Pero en el poblado de Ousmar había mucha miseria y, como hacía tiempo que no sabían nada del padre, la madre decidió dejar a los dos hijos pequeños con una tía y se marchó con los tres más mayores. Tenían que conseguir dinero para vivir y decidieron viajar a Europa.

—¡Qué viaje tan largo! — soltó Camilo.



—Y no creas que lo hicieron en avión o autocar. —Aclaró triste Elena— Fue un viaje muy complicado que hicieron con una pequeña barca hinchable.

—¿Cómo la que tienen los primos de Palamós? —Preguntó Camilo.

—Exacto.

—Pero es imposible viajar con una barca así. Nosotros volcamos cuando la abuela Remedios subió y no sabía dónde poner las piernas.

—Pues en barcas como aquella van más de 20 personas. —Aclaró Elena. —Y además, Ousmar ni siquiera sabía nadar. Imagínate el miedo que pasó.

—¿Y por qué está solo si ha llegado hasta aquí? —Insistió inquieto Camilo.

Porque cuando llegaron las autoridades no les dejaron quedarse. Son inmigrantes ilegales, y retuvieron a la madre y a uno de los hermanos. Ousmar y su hermano mayor se separaron para esconderse y aún no sabemos muy bien cómo ha llegado hasta aquí.

El tono de Elena se entristeció y a Camilo se le hizo un nudo en el estómago al imaginarse a él solo, sin sus padres, en un poblado del África.

—Seguro que tiene mucho miedo.

—Seguramente sí. Cuando lo encontramos hacía dos semanas que estaba escondido entre los coches de un parking y comía lo que la gente dejaba en la basura. —Añadió Elena—Pero aquí le estamos ayudando. Ahora vive en un piso de acogida y pronto irá a la escuela y seguro que hará muchos amigos.

Elena no pudo continuar explicando porque entraron dos señoras con pañuelos floreados en la cabeza que querían hablar con ella. Entonces volvió a sonreír y se apresuró a atenderlas. Mientras tanto, su madre y Camilo decidieron que había llegado el momento de volver a casa. Pero no hablaron. Seguramente Camilo no se podía sacar de la cabeza la imagen de Ousmar triste cuando se alejaba de su pueblo, asustado en la barca o muerto de miedo cuando estaba solo en ese parking.

Con estos pensamientos seguía cuando llegaron a su calle y vieron a Ousmar sentado como siempre delante de casa. Entonces, de repente Camilo supo lo que tenía que hacer. Se acercó al niño, le sonrió, y de repente fue a casa y abrió la puerta. Pero esta vez no la cerró. Se volvió hacia él y con un gesto le indicó que le siguiera.

—Ven— le dijo.

Ousmar se sorprendió pero Camilo insistió hasta que el niño se levantó y se acercó. Entonces, Camilo le invitó a pasar y ver cómo el niño entraba feliz. Había entendido qué era lo que Ousmar había esperado todo ese tiempo. Todo lo que quería era que alguien lo acogiera para poder volver a sentirse como en casa.

FIN



LA GUÍA DE SALUD Y BIENESTAR PARA TUS HIJOS

LOS CUENTOS DE LA ABUELA es una recopilación de cuentos que el Observatorio de la Infancia y de la Adolescencia FAROS pone al alcance a través de su página (<https://faros.hsjdbcn.org>) con el objetivo de fomentar la lectura y difundir valores y hábitos saludables en la población infantil.

FAROS es un proyecto impulsado por el Hospital San Joan de Déu de Barcelona con el objetivo de promover la salud infantil y difundir conocimiento de calidad y actualidad en este ámbito.